

EL DESHIELO

TANITH LEE

Las damas primero, dijeron.

Eso estuvo muy bien. Luego pusieron una filiación familiar sobre la dama en cuestión, y me llamaron.

—No, gracias —dije.

—Escuche —dijeron—, usted es una descendiente en línea directa de Carla Brice. ¿No está interesada, por amor de Dios? Se trata de un momento único, de una experiencia única. Ella va a necesitar ayuda, comprensión. Un contacto. Vamos. No sea frígida.

—Supongo que Carla es más frígida de lo que yo pueda ser en toda mi vida.

Se echaron a reír, para mantener las informalidades. Después mencionaron la subvención del instituto que yo recibiría, solo por estar por allí y mostrarme atenta. Para una artista casi en paro, era más que una tentación. También me recordaron que en este asalto inicial no habría demasiada publicidad, de modo que más tarde, si yo deseaba sacar provecho de mi condición de testigo presencial, y siempre que la buena de Carla lo deseara... Tuve una repentina visión de hacerme muy rica, con mucha rapidez, y con el mínimo de esfuerzo, y sucumbí torpemente.

Cosa que demuestra de una forma muy precisa mis tres cualidades dominantes: indolencia, optimismo y ciega estupidez. Lo que a su vez compendia toda la historia, más o menos. Y probablemente por ello se me pidió que la escribiera para los archivos de la raza humana. Me resulta imposible pensar *en* un modo mejor de hundir y arruinar las esperanzas de una humanidad furiosa, esposada, gimiente...

Pero volviendo a Carla. Ella fue, creo, mi tatara-tatara-tatara-tatarabuela. No va de un tata. Además, la exactitud absoluta no es uno de mis talentos. La parte relevante es, sin embargo, que Carla, a los treinta y tres años, había contraído el raro trastorno cardíaco valvi... val... bueno, lo había contraído. Le quedaban pocos meses, o menos, y de ese modo optó, junto con otras setenta personas aquel año, someterse a Suspensión Criogénica. La Susp Crio había ido haciéndose más popular desde la década de los 80. ¿Recuerdan? Es el método de congelación para mantener un cuerpo en un estasis refrigerado, conservando así carne, huesos, órganos y todo lo demás, indefinidamente perfectos y como nuevos, en una caja de cristal helada. (Introduzcan una bandeja de agua en el congelador y véanlo ustedes mismos.) Tal vez uno deje de sentirse cómodo, pero eso apenas sorprende. En 1993, setenta y una personas, una de ellas las tres-o-cuatro-o-cinco-tatara abuelita Carla, consideraron el método como la única alternativa factible a la muerte. En los siguientes doscientos años, otros cuatro mil individuos imitaron su ejemplo. Congelaron sus malignidades, sus inestables corazones y sus tejidos que se corroían, y mientras la luz se desvanecía ante sus ojos nevados, debieron soñar con despertarse en un futuro fabuloso.

Detalle curioso sobre el futuro. Todo segundo próximo es el futuro. Y ahora es el presente. Y ahora es el pasado.

Ése total de cuatro mil noventa y uno que depositó su fisonomía en los compartimientos frigoríficos del mundo esperaba con interés el futuro. Y aquí estaba. Y nosotros éramos el futuro.

Y justo en el medio de este futuro, que yo ingenuamente llamaba Ahora, estaba una servidora, Tacey Brice, una pésima artistilla chapucera, pintando platillos volantes cursis para las revistas del espacio. Hubo un gran *boom* de visiones de platillos volantes aquel año, 2193. O lo recuerdan, o no lo recuerdan. Casi tan grande como el *boom* histórico entre 1930 y 1990. Los psicólogos nos habían explicado que se trataba de nuestra insuficiencia humana, buscando por todas partes una figura padre-madre que sustituyera a Dios. Además, estábamos desesperándonos. Habíamos penetrado en nuestro sistema solar hasta cierto punto, pero sin encontrar a nadie en el camino.

Ese es otro detalle curioso. Cuando se leen las especulaciones de la década de 1990, se comprueba cuánto esperaban de nosotros. Tenía que ser todo o nada. O el mundo se convertía en un milagro de extraño diseño con iglúes de plásticero en equilibrio en la estratosfera y menudillos metálicos, o desapareceríamos en un estallido de radiación. Nada de eso había sucedido. Habíamos tenido problemas, claro. Durante más de doscientos años, los problemas se sucedieron. Hubo la Tragedia de la Fisión, y la Inundación Mundial del 14. Se produjeron las inmensas limpiezas de polución consumadas con el racionamiento que acarrearón y una pandemia bastante desagradable. Nos habían hecho retroceder, esto es obvio. Pero no nos detuvieron. Así que llegamos a 2193 más bien sanos y salvos, con una tecnología maravillosa y fenomenal que no tenía tanto de maravillosa, o de fenomenal, como se había profetizado. Un lugar donde las puertas se abrían cuando veían quién eras, y con una colonia en Marte, pero donde no se había resuelto el problema del paro o el geriátrico. Arriba en el éter había cerca de seiscientas máquinas zumbadoras en dirección a ninguna parte, haciendo *blip-blip-blip*, mandando información sobre el planeta. Pero todavía no habíamos aterrizado en Alfa Centauro. Y si el eliminador de basura se atascaba, pues se atascaba, chico. Lo que trato de decir (superfluamente, porque ustedes están más avanzados que yo), es que su futuro, el de esos cuatro mil noventa y uno, su futuro que era nuestro presente, no era tan espectacular como confiaban o temían. Exceptuando la medicación derivativa Salenic Vena, que había dejado anticuadas la mayoría de enfermedades de los siglos xx y xxi.

Y de repente, un día, alguien tuvo una idea.

—¡Hey, chicos! —sugirió este alguien—. ¿Os acordáis de esas cajas congeladas que tienen los centros médicos? ¿Sabéis de qué hablo, no? Esas cajas que contienen carcinomáticos y cardíacos helados... Bueno, ¿no pensáis que sería estupendo descongelar a toda esa gente y llenarles de salud?

—Fabuloso —dijo todo el mundo, y se mearon de entusiasmo.

Después de eso, organizaron el asunto a escala global. Y en primer lugar, no deseando exponerse a un percance público, intentaron descongelar una sola caja helada, en relativa intimidad. A lo mejor metieron todos los nombres en un sombrero. Es igual, eligieron a Carla Brice, o Brr-Ice, si es que les gusta más ese juego de palabras de las microcintas periódicas.

Y puesto que Carla Brr-Ice podía sentirse algo más que fría, volviendo a la vida doscientos años después de haberla abandonado al crionizarse, buscaron una descendiente en línea directa para que cogiera su fría mano de treinta y tres años. Y esa fue Tacey Brr-Ice. Yo.

La sala de abajo era rosa, pero del rosa frío del helado de fresa. Había cuarenta doctores de todas las clases merodeando por allí y en torno a la plancha de vidrio. Me recordaron una manada de lobos con un cadáver que no se deciden del todo a devorar. Pero entonces tuve un ataque de nervios, arriba, en la galería de espectadores donde me hicieron sentar. La cuenta atrás había comenzado hacía dos días, y me habían metido allí a las doce del segundo día. El cristal ya llevaba limpio una hora. Vi una especie de bulto dentro, que poco a poco se transformó en una mujer desnuda. Al instante, incluso con ella tendida allí, tesa como una tabla e indefensa a más no poder, supe que era el tipo de mujer que me asustaba hasta marearme. Carla era alta y bien formada, con un melena de pelo rojo oscuro. Era el tipo de mujer que va al aire libre a nadar en todas las estaciones, que esquía, que desciende los rápidos de un río en una canoa, que se convierte en coordinadora de una colonia lunar. El tipo que muerde. La enfermedad cardíaca había fastidiado a Carla, pero ninguna otra cosa podría haber hecho lo mismo. Ni un niño, ni una bestia, ni un hombre. Ni otra mujer, ciertamente. ¡Oh, no! Y yo tenía que ofrecer la manos confortadora a esta que era mi múltiple-tatara abuelita.

Otra hora, y algunos diales y mecanismos que hacían clic abajo, en la sala de helado de fresa, empezaron a cambiar. Los lobos se precipitaron hacia la presa. Una leona muerta, eso era Carla. Luego la caja resonó y hubo un grito. No pude ver nada por culpa de los médicos que se apelonaban.

—¿Qué ha sucedido?

El joven médico encargado de acompañarme en la galería de espectadores suspiró

—Diría que ha abierto los ojos.

El joven médico era negro como el espacio y hermoso como las estrellas que contiene.

Pero yo no le importaba un pito. Se veía que estaba enamorado de Carla la leona. Yo era simplemente un dolor que tenía que soportar dos o tres horas, mientras él contemplaba fijamente la diosa de abajo.

Pero ahora los médicos se habían apartado. Pensé en el cuento de la Bella Durmiente, y en el de Blancanieves. Los ojos de Carla estaban abiertos de verdad. Castaño cobrizo a tono con la melena. No parecía aturdida. Parecía desdeñosa. Precisamente como yo había anticipado. Después la tapa de la caja de cristal empezó a levantarse.

—¡Jesús! —dije.

—Es extraño que diga eso —comentó el médico negro. Sus ojos maravillosos estaban fijos en Carla, y se había puesto profundo *y* enigmático—. La forma en que todos seguimos usando estas voces expletivas religiosas: *Dios, Cristo, Diablo*, mucho después de que hayamos cesado de dar crédito a su base religiosa. La triunfante culminación de este experimento de vida suspendida y restauración tiene una conexión con el mismo asunto —murmuró, sus largas pestañas rozando la hoja de vidrio plastificado—. ¿Se ha enterado de la controversia en torno a este proceso? Fue considerado en cierta época como un quebrantamiento de la fe religiosa.

—¿Ah, sí?

Seguí contemplando al médico. Infinitamente preferible a Carla, con los ojos abiertos, y el solitario médico que se inclinaba con la inyección.

—La noción de alma —dijo el médico de la galería—. La parte inmortal que sobrevive a la muerte. Pero ¿qué acontece a un alma atrapada durante años, siglos, en un cuerpo vivo aunque estáticamente helado? En un limbo físico, un muerto viviente. ¿Comprende el problema que esto debió representar para el hombre religioso?

—Yo... eh...

—Pero, claro, hoy... —Extendió las manos—. No existe tal barrera para el pensamiento lúcido. La fuerza vital, ahora lo sabemos, reside meramente en el cerebro, y a partir de aquí en los nervios motores, médula espinal y centros reflejos confluyentes. No existe *alma*.

A continuación el médico calló y casi se desmayó, y noté que Carla le había mirado.

Volví la vista y ella estaba sentada, en parte reclinada en el brazo de cierto médico. El médico estaba explicándole dónde se hallaba, qué año era, que aquella noche su enfermedad cardíaca no sería más que un sueño y que después podría salir al sorprendente nuevo mundo con su afectuosa descendiente, a la que podía ver arriba en la galería.

Carla me concedió un vistazo. Duró unas nueve centésimas de mini-instante. Traté de despegar mis labios y reflejar una cálida sonrisa de bienvenida, pero antes de que lo lograra, Carla volvía a estudiar al médico negro.

En aquel momento alguien llegó y se me llevó de golpe para celebrarlo con alcohol, y dos horas después, cuando yo lo había celebrado más bien demasiado, me condujeron por un corredor afelpado para conocer a Carla, cara a cara.

Carla estaba vestida en esta ocasión. Se había dado una ducha, había pasado un par de pruebas postdeshielo y le habían suministrado varias inyecciones y el medicamento cardíaco. Su cabello llameaba como un incendio forestal. Vestía la lustrosa bata corta que en los centros médicos se empeñan que lleves, pero que en ella parecía un diseño original. Incluso daba la impresión de que el bronceado había estado congelado con ella, o quizá fueran mis ojos deslumbrados los que le daban ese aspecto tostado y resplandeciente. Nadie podía tener tan buena presencia, tanta *salud*, tras doscientos años en hielo. Y si alguien la tenía, no debía tenerla. La habitación de Carla estaba atestada de flores, botellas de perfume y exóticos cuadros luminosos, cortesía del Instituto. Y a continuación me metieron allí.

Cosa poco sorprendente, Carla me observó con aburrida diversión. Como si hubiera llegado a los posos del fondo de la botella.

—Esta es Tacey —dijo alguien, usando libremente mi nombre de pila.

Carla habló, con una voz de terciopelo rojo oscuro.

—Hola... eh, Tacey. —Era obvio que mi nombre había sido un gran error. No importa, Carla lo había olvidado por el momento—. Deduzco que somos parientes.

Yo estaba borracha, pero no me servía de mucho.

—Soy tu ta... sí, lo somos, aunque... —solté inteligentemente.

El «aunque» iba a ser un prólogo de cierta bobada nauseabunda, conciliatoria, servil, sobre el esplendor y juventud de Carla. No era precisa, y mucho menos permitir que ella advirtiera lo asustada que yo estaba. Carla podía adivinarlo fácilmente, y también ver como yo me encogía en un rincón frente a su destello de alto voltaje. De todas maneras, antes de que pudiera completar mi adulación en medio de hipos, el médico de guardia dijo:

—Tacey es su vínculo, señora Brice, con la civilización tal como es actualmente.

Carla no pudo resistirlo. Alzó una arreglada ceja, congelada exquisitamente durante dos siglos. Si Tacey era el vínculo, la civilización podía irse a paseo.

—Mi piso —seguí balbuceando— es mediano, pero...

¿Qué iba a decir ahora? ¿Que estaba deseosa de gastar mi subvención del Instituto en batas, perfume, esquíes, rifles automáticos y todo lo que quisiera Carla? ¿Qué me trasladaría y Carla podría disponer del piso para ella sola? (A ella no le gustarían los murales de las paredes).

—Solo es una ayu... una ayuda —logré decir—. Hasta que te aclimotes ...mates.

Carla me contempló mientras yo me ponía en ridículo, o mejor dicho, exhibía mi auténtica ridiculez. Finalmente comprendí el mensaje de sus ojos cobrizos: No te preocupes. Eso era todo: no te preocupes. Eres un fracaso, me informaron los iris cobrizos de Carla, como si yo no lo supiera. No te excuses. No vas a cambiar nada. No espero nada de ti. Permaneceré en tu compañía inútil mientras deba hacerlo, y tú puedes revolotear a mi alrededor y socarrarte las alas si lo desea. Cuando esté lista, me iré inmediatamente, rugiendo en tu cielo como un meteorito. No puedes ofrecerme ayuda, interés, un solo grano que yo no sea capaz de almacenar por mí misma.

—¡Qué amable, Tacey! —dijo la voz de Carla—. Ven, querida, y déjame que te bese.

No sé por qué, imaginé que Carla todavía estaría muy fría por culpa de la caja helada, pero tenía el calor de la sangre. Avergonzada, permití que rozara mi mejilla con sus labios meteóricos. A lo mejor me quemaba.

—Me parece que esto exige un brindis —dijo el médico de guardia—. Pero solo jugo de rosa para la señora Brice, me temo, de momento.

Carla le sonrió, y yo aluciné una rosa, con espinas también, destrozada por sus dientes. Los leones beben sangre, no rosas.

Llegué a casa paralizada y me tambaleé por el piso intentando cambiar las cosas. En pleno intento de volver a rociar de pintura una pared, me derrumbé sobre un cojín y dormí. El día siguiente me encontré enojada, del único modo que se puede estar enojada por algo contra lo que estás indefensa. ¡Maldita sea! Que llegue ella y vea lanzaderas espaciales, naves nodriza y violentos monstruos-de-ojos-saltones por toda la casa. Y nada de retirar la cocina automática de su agujero para limpiar los tubos de alimentación que hay detrás y que no has visto desde hace tres años. Y no saques la planta del distribuidor de agua fría. Y no compres vestidos, persianas, alfombras o sábanas nuevas. Y no ocultes los talones del incremento de salario cuando los gastos sobrepasen el importe. Y no recojas las mejores revistas del espacio que has ilustrado de la mesa donde ella tendrá que verlas por fuerza.

Visité a Carla una vez más durante el mes que permaneció en el Instituto. No tuve el valor de no llevarle algo, aunque sabía que cualquier cosa que le ofreciera sería

inadecuada. En realidad, sentí el impulso de reventar el primer cheque de mi subvención, junto con mi W-1 quincenal, y comprarle un estilete de acero de Toledo un poco antiguo. Evidentemente era un regalo que servía para matar, y en el momento de entregárselo me inclinaría y diría: «Para ti, Carla. Sé que encontrarás un uso para el estilete». Pero naturalmente no tuve valor. Le compré un frasco de perfume caro que ella no necesitaba y fui recompensada viendo como ponía el obsequio en una estantería junto con otros tres frascos idénticamente envueltos, los tres de tamaño doble que el mío. Carla vestía un camisón de seda ámbar, y estuve a punto de buscar unas gafas de sol. No hablamos mucho. Salí de la habitación tambaleándome, tostada por el sol y con la piel saltándome. Aquella noche pinté otro platillo volante en la pared.

El día que Carla dejó el Instituto, me enviaron un móvil. Se suponía que yo debía recoger y llevar al piso a Carla, para que se sintiera a gusto. Yo me sentí enferma.

Antes de que encontrara a Carla, el médico encargado me arrastró a su despacho.

—Estamos muy contentos —dijo—. La señora Brice es una dama muy, muy independiente. Su adaptación ha sido, a decir verdad, notable. Nada de traumas o rechazos, nada de lo que esperábamos con tanta ansiedad. Dudo que la mayoría de sujetos que esperan ser revividos de la criogénesis demuestren un tanto por ciento de éxito equivalente.

—¿Están reviviéndolos, entonces? —inquirí débilmente. Me sentía contenta de hallarme, allí, posponiendo mi reunión con la insuficiencia.

—Dentro de un mes justo. Depende de los resultados definitivamente positivos del análisis post-resurrección de la señora Brice. Pero, tal como yo sugerí, me resulta difícil predecir un tropiezo en ese aspecto.

—¿Y cuánto tiempo —tragué saliva—, y cuánto tiempo cree que Carla querrá estar conmigo?

—Bien, parece que ella se muestra bastante unida a usted, Tacey. Es un gran cumplido, ¿comprende?, viniendo de una mujer como ella. Un carácter orgulloso, volátil. Pero ella necesita un ancla durante algún tiempo. Todos necesitamos nuestra ancla. Es probable que la proximidad de la señora Brice le beneficie a usted, a cambio. ¿No está de acuerdo?

No respondí, y el médico decidió que yo me encontraba abrumada. Se puso a describirme ese glorioso acontecimiento programado, el enlace global, cuando hasta el último sujeto de criogénesis iba a ser revivido, tan simultáneamente con los demás como los médicos pudieran. El proceso se retransmitiría por los cinco canales espaciales, visible para todo el mundo. La tecnología triunfante una vez más, ofreciéndonos unos minutos de catarsis fundamental. Pensé en el apuesto médico negro y sus palabras sobre religión. Y

así es como la reemplazábamos, al parecer (cuando no observábamos platillos volantes), derramando lágrimas sentimentales por cuatro mil noventa idiotas que se despertarían de su profunda congelación.

—Un último e insignificante consejo —añadió el médico encargado—. Puede notarlo... o quizá no, no lo sé... El lapsus ocasional en los modelos de conducta de la señora Brice.

Una fantasía para mí. Carla, cometiendo un *lapsus*.

—¿De qué forma? —pregunté, gozando miserablemente con lo improbable.

—Detalles muy simples. Mal humor, una aberración... incluso una breve desorientación. Son cosas que hay que esperar de una mujer reclamada por la vida tras doscientos años, y en un mundo con el que ha dejado de estar familiarizada. Tal como expliqué, busqué algo mucho peor y muy visible. El resbalón de una personalidad extraña es inevitable. No debe alarmarse. En esos momentos la influencia más equilibradora para la señora Brice será una normalidad ambiental que no provenga del Instituto. Y su presencia, Tacey.

Estuve a punto de echarme a reír.

Lo habría hecho, si la puerta no se hubiera abierto y si Carla, con su abrigo rojo imitación de piel de lince, no hubiese entrado majestuosamente en la habitación.

Ni siquiera intenté forzar una charla. Solas en el móvil, con el auto conduciéndonos a través de las frías rutas de hormigón, no había nada que pretender en beneficio de otros. Carla me tenía por una pelma, y yo me hacía la pelma como correspondía. Se lo prometo, de vez en cuando, Carla sacaba una zarpa sedosa y me daba una juguetona palmadita. Como cuando me preguntó dónde me *hacían* el pelo. Pero yo me limité a hablarle de las peluquerías rápidas y Carla desistió. Más tarde volvió a formularme un par de preguntas menos abstractas. ¿Aún existían las bibliotecas? Esa fue una. La segunda fue si yo dormía bien.

Pasé por todo eso con un húmedo estupor. Creo que estaba medio engañándome, diciéndome que todo acabaría pronto. Luego el móvil entró en el ascensor automático de mi bloque de pisos, las portezuelas se abrieron y salimos del vehículo. Cuando la puerta me reconoció y se abrió, me vino a la cabeza de repente que Carla y yo íbamos a ser uña y carne durante algún tiempo. Un mes al menos, mientras el Instituto computaba sus pruebas finales. Quizá más, si Carla consideraba mi perezoso carácter en alguna parte de su bronceado y acerado cuerpo.

Carla penetró en el piso decididamente y se quedó llameando entre los platillos volantes y los muebles con bordes color rojo oscuro. El abrigo de piel de imitación daba la impresión de que la misma Carla lo hubiera matizado. Ella me sacaba la cabeza de altura. Y entonces me sorprendió, casi de la única manera que podía hacerlo en aquel momento.

—Estoy cansada, Tacey —dijo Carla.

Ningún comentario chistoso, nada de vitriolo, ninguna mirada fija desde el Olimpo.

Se deslizó hacia el dormitorio. Muy bien. Yo asignaba la cama para ella, el sofá para mí. Carla se detuvo, un dedo dorado en el panel que yo había reajustado para que respondiera a sus huellas.

—¿Me perdonas? —preguntó en voz alta. Su voz era soporífera. Bostecé.

—Claro, Carla.

Permaneció tras los cerrados paneles durante horas. El día se enrojecía sobre la ciudad, colores intensificados como era normal por el control climático que opera a cuatrocientos metros de altitud. Me dejé caer por aquí y por allá, incapaz de comer, reposar, leer o garabatear. Estaba averiguando lo que me esperaba, teniendo un piso y sabiendo que ya no era mío. Hasta detrás de una puerta, Carla dominaba.

Hacia las 19, llamé a la puerta. Ninguna réplica.

Intimidada, me aparté silenciosamente. No pondría los septifonos, ni siquiera con los auriculares, ni siquiera con el volumen apagado. Podía despertar a la abuelita. ¿Lo comprenden? Si era posible despertarla después de doscientos años en un refrigerador, seguro que podía despertarse tras ocho horas en un dormitorio.

A las 24, Carla todavía no había salido.

Tímidamente, llamé de nuevo y dije muy flojito:

—Buenas noches, Carla. Nos veremos mañana.

En el sofá tuve pesadillas, o carladillas, para ser más explícita. Algunas fueron muy realistas, como una en que los títulos de crédito de la herencia que Carla había dejado no habían sido atesorados después de todo y ella se encontraba desamparada y pensaba quedarse conmigo para siempre. O las pesadillas de tebeo en que el falso lince rojo se metía por debajo de la cubierta y me mordía. O las pesadillas surrealistas en que Carla venía flotando hacia mí, vestida únicamente con su cabello llameante, y todo empezaba a arder por su culpa y yo repetía sin cesar: «Por favor, Carla, no quemes la alfombra. Por favor, Carla, no quemes el sofá». Al final hubo un simple sueño en que Carla se inclinaba

sobre mí, siseando como una anaconda... si es que las anacondas sisean. Quería que yo siguiera dormida, al parecer, y por cierta razón yo me oponía, aunque estaba casi comatosa. El detalle extraño de este sueño era que los ojos cobrizos de Carla habían cambiado a un brillante amarillo topacio, como los del lince.

Debían ser las cuatro de la madrugada cuando me desperté. Creo que fue la unidad de agua lo que me despertó. O quizá los septofonos. O el eliminador de basura. O la secadora. O cualquiera de los diversos aparatos de que estaba equipado un piso moderno. Porque todos estaban conectados. El ruido era como el de una casa de locos. Lo parecía. Además, todas las luces estaban encendidas. Y en el centro del caos: Carla. Iba bastante desnuda, de la forma que la había visto al principio, pero tenía ese tipo de desnudez que se parece a ropa limpia, firme e impecable. El tipo que me hace desear meterme bajo una piedra. Carla recordaba a una bruja en pleno acto de brujería, con los eruptivos mecanismos extendidos a su alrededor en medio de la rabiosa luz. Tuve un pensamiento tonto: *Carla está convirtiéndose en nova*. Después se volvió y me vio. Mis labios parecían haber estado cerrados herméticamente, pero logré reaccionar.

— ¿Te encuentras bien, Carla?

— Sí, cariño. Vuelve a la cama ahora.

Eso es lo último que recuerdo hasta las diez de la mañana del día siguiente.

Al principio me pregunté si Carla y los artefactos habrían sido un sueño más. Pero cuando comprobé el contador descubrí que no era así. Me dirigía lentamente hacia la cocina automática cuando Carla salió del dormitorio con su camión ámbar.

No dijo una sola palabra. Se limitó a relajarse ante la mesa de la cocina y permitir que yo fuera su esclava. Me dispuse a preparar el gran desayuno que describió. Luego preparé su baño. Cuando el contador de agua se cerró automáticamente con la bañera a medio llenar, Carla sugirió que yo metiera las fichas extras para asegurar que el baño estuviera adecuadamente lleno.

Mientras se bañaba, me senté a la mesa de la cocina y sufrí otro ataque de nervios.

Naturalmente Carla era tan curiosa como podía preverse. En 1993, la mayoría de nuestros aparatos no habían sido inventados, o al menos no habían alcanzado su actual desarrollo. ¿Por qué no levantarse de madrugada y conectarlos todos? ¿Qué es lo que da un cariz siniestro al acto? Quizá que yo estuviera somnolienta mientras ocurría todo eso, prácticamente sin descanso, era el detalle que me preocupaba. Muy bien. Así que Carla era una hipnotizadora. Bien pensado, ¿no debía yo solicitar una filiación familiar para intentar saber qué era... qué había sido Carla?

Pero vayamos al grano: lo que realmente me trastornó fue el bajo nivel de mi

contador eléctrico, teniendo en cuenta que el otro contador se había comido un tercio de mis fichas para agua en una sola mañana. Y Carla chapoteando lujosamente, dejando que yo pagara la cuenta.

¿Podía decir algo? No. Sabía que ella me inmovilizaría antes de que empezara.

Cuando acabó de bañarse, le pregunté si quería salir. Contestó que no, pero que yo podía irme a la biblioteca, si quería, y recoger un pedido de libros y cintas que ella había hecho. Comprobé el contador de llamadas. El cupo también estaba a un nivel bajo.

—Pretendo hacer de ermitaña durante algún tiempo, Tacey —murmuró Carla a mi espalda mientras yo me apartaba del contador con un sentimiento de culpabilidad—. No quiero verme metida en un furor publicitario. Supongo que la noticia de mi feliz resurrección habrá empezado a correr hoy. Las microcintas periodísticas la llevarán en primer plano. Pero entiendo, según las normas de edición de noticias de mi época, que a menos que me presente voluntariamente ante los periodistas, no les está permitido abordarme.

—Sí, eso es cierto. —Miré suplicantemente el techo—. Supongo que no piensas reconsiderarlo, ¿verdad, Carla? Podría significar mucho dinero. Es decir, no que tú te pongas en contacto con los periodistas. Pero si me per-permitieras actuar en tu nombre.

Se echó a reír como una leona con la garganta llena de gacela. El vello de mi cuello se erizó conforme Carla iba acercándose. Cuando su mano, grande, cálida y elegante, se curvó sobre mi cabeza, me estremecí.

—No, Tacey. No creo que eso me interese. No necesito dinero. Las inversiones de mi herencia, según he sabido, son florecientes.

—Estaba pensando en m... Estaba pensando en mí, Carla. Las fichas me se-serían de utilidad.

La mano resbaló de mi *cabeza* y me golpeó ligeramente. No sé, me puse contenta por no haberle regalado el cuchillo de Toledo después de todo.

—No, no lo creo. Creo que te irá mucho mejor estando tal como estás. Y ahora vete corriendo a la biblioteca, querida.

Fui más que nada porque me alegraba alejarme de ella. Articular el débil gemido que me quedaba había agotado por completo mis escasas reservas de energía. Estaba temblando cuando llegué al ascensor automático. Pensé en una alocada huida de la ciudad, dejando mi piso con Carla dentro, e irme al campo. Ahora ya se trataba de algo más que simple insuficiencia. Cazador y presa. Y mientras me arrastraba entre la maleza,

su feroz aliento me quemaba la nuca.

Recogí los veinte libros y las cincuenta cintas y pagué. Regresé al piso con la compra y dejé cintas y libros ante mi sorprendente abuelita ámbar. Estaba demasiado asustada para ocultarme. Y mucho más espantada para desobedecer.

Me senté en la *terraza*, aunque era el período que el control climático designaba a lluvia. A través de los paneles de plastasa escuché las cintas que educaban a Carla en todos los aspectos de la vida contemporánea: sociales, políticos, económicos, geográficos y carnales.

Cuando Carla me llamó, preparé la comida. Más tarde, bebidas y la cena.

Luego me encontré demasiado nerviosa para irme a la cama. Me dormí en el cuarto de baño, sentada en el recinto de la ducha. Tuve carladillas de Carla comiendo lechuga. No me desperté hasta las diez de la mañana. Hice comprobaciones. Todos los contadores otra vez al mínimo.

Cuando pisé plastasa hecha añicos pensé que era azúcar. Luego vi que el distribuidor automático de agua fría se hallaba en noventa y cinco bits. Donde había estado la planta, solo quedaba tierra, condensación y raíces colgantes.

Investigué, y por todas partes vi hojas rotas y diminutos grumos de tierra. Había una hoja junto al dormitorio de Carla. Llamé a la puerta y mi corazón latió siguiendo el ritmo de la mano.

Pero Carla no estaba interesada en desayunar, no tenía hambre.

Yo sabía por qué no. Se había comido mi planta.

Les aseguro que quise telefonar al Instituto en aquel mismo momento. Pero no lo hice, no sé por qué. Por un lado, no quería llamar desde el piso y arriesgarme a que Carla me pescara haciéndolo. Por otro, no quería salir y dejarla sola, por si hacía algo peor. Más tarde me aterrorizó seguir cerca de Carla. Un *lapsus*, había indicado el médico encargado. ¿Había hecho Carla algo parecido en el Instituto? En cierta forma yo tenía la idea de que no. Carla lo había reservado para mí. Por pura y juguetona malicia.

Vacilé durante una hora, hasta que sentí pánico, apreté el botón de llamada y dije los dígitos. No oí que la puerta se abría. Carla parecía saber con exactitud cuando debía... *atacar*; sí, esa es la palabra que me gusta. Sentí su presencia. Ella ni siquiera me tocó. Solté el botón de llamada.

— ¿A quién llamabas? — preguntó Carla.

—Solo a un tipo con el que acostumbraba salir —dije, pero lo hice con un tono ronco, tragando saliva y temblando.

—Bueno, adelante. No te preocupes por mí.

Su voz rojo oscuro, aburrida, divertida e indiferente ante cualquier cosa que yo pudiera hacer, me aferró como una garra de acero. Y descubrí que tenía que volverme y encararme con ella. Tenía que mirar fijamente sus ojos.

El desdén que reflejaban era abrumador. Deseé encogerme y meterme bajo la alfombra, pero no logré apartar la mirada.

—Pero si no vas a llamar a nadie, prepárame el baño, cariño —dijo Carla.

Le preparé el baño.

Así de fácil. Naturalmente.

Carla era magnética. Irresistible.

Yo no podía...

Yo *no* podía...

En parte, todo se había hecho increíble. No podía imaginarme acusando a Carla de comer plantas domésticas ante los médicos del Instituto. ¿Quién lo creería? Era una chifladura. Es decir, una chifladura incluso para ellos. Y en aquel momento, dejé de creer en mí misma.

Sin embargo, en alguna parte de mi cerebro seguía repitiéndome las palabras del médico encargado: *el lapsus ocasional en los modelos de conducta... Mal humor, una aberración...* Y en contra de eso, como contrapunto, seguía repitiéndome la frase que aquel apuesto médico negro había soltado enigmáticamente como si fuera una broma cultural: *Pero ¿qué acontece a un alma atrapada durante años, siglos, en un cuerpo vivo aunque estáticamente helado?*

Mientras tanto, por pura voluntad, por la fuerza de su persona, Carla había impedido que yo telefonara. Y eso mismo me impidió que hablara de ella con alguien que encontrara en la calle, me lanzó muda a comprar en las tiendas y me lanzó servilmente a conjurar comidas. Además, fue casi como si me empujara a dormir cuando Carla quería y me despertara de la misma manera.

¿Acaso el tiempo no vuela cuando lo pasas bien?

Veinte días, todos más o menos parecidos, pasaron a toda prisa. Carla no hizo otra cosa particularmente rara, al menos no algo que yo viera o detectara. Pero a continuación, dejé de despertarme por las noches. Y formulé una alocada teoría de que los contadores habían sido manipulados, puesto que no llegaban al tope pero daban la impresión de lo contrario. No compré más plantas. Eché en falta cierto paquete de ropa interior de papel, pero apareció bajo la cama de Carla, donde yo lo había puesto de una patada cuando la cama era mía. Veinte días, veinticinco. El mes de las pruebas postresurrección de Carla estaba casi concluido. Una mañana, yo estaba yendo de un lado a otro como una zombi, limpiando el piso porque el polvo de plastasa se había acumulado y Carla había pasado cinco minutos en un silencioso comentario sobre el polvo. Yo estaba actuando en ese fango combinado de terror, estupidez y servilismo masoquista que Carla me había inculcado, cuando funcionó la señal de la puerta.

Al abrir la puerta, allí estaba el médico negro con una pequeña caja de expedientes en cinta. Me sentí transparente, y así es como el médico me trató. Observó a través de mí la vacía sala donde había esperado que estuviera mi abuelita.

—Temo que su teléfono no funciona —dijo. (¿Por qué yo tenía la idea de que Carla había hecho algo con el teléfono?)—. Me complacería ver a la señora Brice, si es que ella me puede conceder unos minutos. Solo se trata de algo que nos gustaría comprobar para el expediente.

En aquel instante, espléndida en su porte, Carla hizo su aparición en la puerta del cuarto de baño. El médico había visto a Carla desnuda en la caja congelada, pero no un desnudo que estuviera vaga, fluidamente forrado por una toalla húmeda. Tuvo el efecto predecible. Mientras el médico se quedaba paralizado, Carla concedió su sonrisa más graciosa.

—Síntese —dijo—. ¿De qué comprobación se trata? Tacey, querida, ¿por qué no preparas un poco de café?

Tacey querida se dirigió al cono del café. En medio del bullir del líquido, escuché que el médico decía:

—Se trata únicamente de que el doctor Fulano estaba algo preocupado por una posible amnesia. Ninguna de las zonas de memoria parece inestable en lo físico, ciertamente. Pero, comprenda, en determinados puntos de la cinta...

—Póngame un ejemplo, por favor —dijo Carla, arrastrando las palabras.

El médico negro bajó las pestañas como si fuera a limpiar la microcinta.

—Cierta confusión sobre lugares, y nombres. Su segundo marido, Francis, por ejemplo, al que usted llamó Frederick. Y aquí, la señal roja... El doctor Mengano mencionó el desastre del satélite de 1991 y, al parecer, usted no recordaba...

—Se refiere a la avería del Ixion XI, que se estrelló en el Midwest y mató a trescientas personas —dijo Carla. Parecía un aburrido libro abierto. Se inclinó hacia adelante, y el médico tembló de pies a cabeza—. El doctor Fulano y el doctor Mengano —prosiguió Carla— tendrán que excusar mi excitación al revivir. Bien, no puedo consentir que haya hecho el viaje en balde. ¿Qué le parece si viene a cenar, la noche antes del gran día? Tacey no ve a casi nadie de su edad. En cuanto a mí, digamos que usted haría muy feliz a una anciana dama de doscientos años.

El aire que les separaba era lo bastante eléctrico como para formar chispas. Por «gran día» Carla se refería, claramente, al acontecimiento digno de cinco canales de holovisión espacial: el día en que sus cuatro mil noventa colegas se liberarían del bajo cero. Pero al médico ya no le importaba descongelar a nadie más.

El cono del café se salió. Advertí con sobresalto que yo estaba llorando. Nadie más lloraba.

Lo que yo deseaba hacer era programar la cocina para la comida, comprar vino, largarme del piso y dejarles solos. Pasaría la noche en uno de los Populares abiertos siempre y regresaría hacia las diez de la mañana siguiente. A esa situación me había reducido ella, con mi franco reconocimiento. Me habría mostrado sinceramente agradecida por obrar así. Pero Carla no iba a permitírmelo.

—¿Te vas? —inquirió Carla—. Pero si toda esta fiesta es por ti, cariño.

No había nadie más que nosotras dos. Carla no tenía que fingir. Ella y yo sabíamos que Tacey era la esclava. Ella y yo sabíamos que su alma, largo tiempo helada, había revivido en llamas y me había escaldado hasta derretirme. Así que esto solo podía ser crueldad. Carla parecía estar experimentando, siempre, igual que con los aparatos. La disección psicológica de un habitante inferior del futuro.

Por tanto, lo que yo debía hacer era visitar la peluquería rápida y comprar un vestido con mi segundo cheque quincenal W-I. Carla, aunque como es lógico no me acompañó, instigó y supervisó en cierto modo estas aventuras. Elijiendo el vestido, Carla estaba a mi lado, ¡qué raro! *Ese*, me aleccionó su imparcial y omnipresente aura. Era caro, color escarlata y oro. Habría sido maravilloso para cualquier otra persona. Pero no para mí. Ese vestido chupaba la poca vida que emanaba de mí.

Llegó la gran noche (antes del gran día, cuya cuenta atrás ya debía haber empezado, de hecho) y allí estaba yo, vestida como un paquete de año nuevo y con mi problemática alma marchitada dentro. La señal de la puerta funcionó, la esclava abrió la puerta como correspondía y el ángel negro entró, dándome las gracias cortésmente mientras estaba a punto de pasar a través de mí.

El médico tenía un aire tan maravilloso que prácticamente me desboqué. Sin embargo el aura de Carla, y los deseos de Carla, que comenzaban a dar la impresión de comunicarse telepáticamente, me mantuvieron quieta.

Luego apareció Carla. No la había visto antes, aquella tarde. El vestido era una piel de león, y parecía real, pese a las leyes anticaza. El cabello de Carla era una lisa cascada castaño rojizo que dejaba al descubierto una oreja con un estrella dorada colgando de ella. Me fui a la zona de la cocina, descorché una botella y la bebí casi entera sin pensarlo más.

Ambos tenían buen apetito, aunque el de Carla mejor que el del médico. Ella había devorado grandes cantidades desde que vivía conmigo, presumiblemente famélica tras el prolongado ayuno. Yo era la camarera, así que les serví. Cuando llegué ante mi plato, la comida se había congelado debido a que el calentador de la mesa que había a mi lado estaba averiado. De todos modos, no tenía hambre. Había dos clases de vino. Bebí del barato. Ya iba por la segunda botella cuando me sentí lo bastante triste como para haber aullado, pero también me despersonalicé, y observé mi tristeza desde una gran altura.

Bailaron juntos ante los septofonos. Bebí más vino. Mañana iba a estar muy, muy enferma. Pero sería mañana. Ciertamente. Cuando les miré, se metieron bailando en el dormitorio y los paneles se cerraron. La crueldad de Carla había seguido su curso y yo no estaba preparada para nuevos detalles, gemidos de éxtasis que surgieran del interior, por ejemplo, que aumentaran mi frustración. En consecuencia, me lancé tambaleante en la noche, vestida con mi paquete de año nuevo, el pelo en volutas y otra botella en la mano.

Podría haberme topado con un ladrón, un violador, un asesino o hasta con una de las numerosas polipatrullas que recorren la ciudad para evitar las actividades de los anteriores. Pero no encontré a nadie que se fijara en mí. Nadie se preocupaba. Nadie estaba interesado. Nadie quería ser mi amigo, robarme, abusar de mí, ofrecerme un empleo o una meta, hacerme feliz, hacer el amor conmigo. De modo que si creían que fui una Judas, recuérdenselo. Si uno de ustedes, palurdos, se hubiera fijado en mí aquella noche...

No tuve que esperar la mañana para sentirme mal. Había un lavabo decente en Avenue East. Nunca lo olvidaré. Estuve allí bastante rato.

Cuando el magnífico amanecer del control climático iluminó la ciudad, lo peor ya había pasado. Y a las diez de la mañana me arrastré hacia casa, nauseabunda, amargada,

cansadísima, pero sobria. Incluso logré observar los programas y anuncios holovisuales que nos informaban de que el gran día había llegado. El día de los cuatro mil noventa. El día del deshielo. Me pregunté sombríamente si Carla y el Príncipe de las Tinieblas seguirían celebrándolo en mi cama. Carla debía haber sido fría. ¡Qué gracia! Muy bien. No era así.

La puerta de mi piso me permitió entrar. El lugar estaba tal como lo había dejado. Las pantallas de las ventanas estaban echadas, la mesa repleta de platos y vasos. La puerta del dormitorio, firmemente cerrada.

Apreté el botón para levantar las pantallas, y no sucedió nada, cosa que no me sorprendió. Ese detalle por sí mismo debería haberme demostrado hasta que punto se había extendido la influencia y la imposibilidad de toda retirada. Pero solo sentí esa urgencia casual, vaga, de comprobar qué pasaría ahora con la puerta del piso. La puerta no reaccionó. Ni siquiera cuando puse la mano en el panel, método generalmente reservado para los invitados. Me había admitido, pero no me dejaba salir. Carla había hecho algo en la puerta. Del mismo modo que dominaba el teléfono, los contadores... y a Tacey. ¿Pero cómo? ¿Una facultad personal? Ridículo. Yo era una boba sin carácter, por eso había sido capaz de anularme. Claro que... cuarenta y un médicos, con una infinidad de pruebas y preguntas (que al parecer Carla no había contestado bien), comían de su mano. Y quizá su habilidad psíquica había aumentado. La práctica lleva a la perfección.

...¿qué acontece a un alma atrapada durante años, siglos, en un cuerpo vivo aunque estáticamente helado?

La sala estaba a oscuras, con las pantallas irreversiblemente echadas y las luces irreversiblemente apagadas.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio, y Carla salió. Otra vez desnuda, y resplandeciendo en la oscuridad. Me sonrió, con aire de pena.

—Tacey, cariño, ahora que ya no estás resentida, ahí dentro hay algo que quiero que limpies por mí.

De nuevo dicotomía. Quise afianzarme donde estaba, pero Carla me obligó a caminar hacia el dormitorio. Ella resplandecía, de verdad. Como si se hubiera rociado con algo moderadamente luminoso. Supuse qué habría en el dormitorio y sentí náuseas, aunque, como ya estaba vacía por dentro, eso no importaba. Pronto me encontré en la puerta.

—Basta ya, Tacey —dijo Carla.

Y dejé de sentir náuseas. Contemplé lo que quedaba del apuesto médico negro, envuelto en la piel de león teñida de sangre.

Los leones beben sangre, no rosas.

Algo se aflojó en mi interior en aquel momento. Probablemente era la sumisión final, la rendición definitiva. Al parecer había estado oponiéndome inconscientemente a Carla desde el principio o no habría obtenido aquellas semilibertades miserables. Pero ahora me encontraba relajada y flácida, así que logré preguntar humildemente:

—La planta era un vegetal. Pero un hombre... ¿qué era él?

—No lo comprendes del todo, cariño, ¿verdad? —dijo Carla. Acarició mi cabello amistosamente. Yo había dejado de temblar. Perra sumisa, estaba tranquila bajo el desdeñoso afecto de mi ama—. Una cosa era verde y vegetal. Otra era negra, varón y carne. Formas distintas. Platos locales. No tuve inclinación a probarte, ¿comprendes?, ya que tienes aproximadamente idéntico aspecto al mío. Pero, claro, otros que sean negros y varones tal vez quieran probar hembras de piel blanca. No te preocupes, Tacey. Estarás a salvo. Me distraes. Eres mía. Especie protegida.

—Todavía no comprendo, Carla —musité dócilmente.

—Bueno, limpia esto y ya te lo explicaré.

No tengo que excusarme ante ustedes por lo que hice a continuación, porque, por supuesto, todos conocen ese rasgo, la sumisa indiferencia del esclavo total. Envolví bien las reliquias del amante-desayuno de Carla y las arrojé al eliminador de basura, que se encargó de los restos con bastante eficiencia.

Luego limpié el dormitorio, me di una ducha y preparé café y galletas para Carla. Era casi mediodía, el momento en que los cuatro mil noventa iban a ser despertados y saldrían de sus cajas frente a siete octavos del total de espacioespectadores del mundo. Carla también quería verlo, así que conecté mi aparato, sin sonido. Después Carla me dijo que podía sentarme. Lo hice sobre un cojín, y me explicó lo sucedido.

Por determinada razón, no recuerdo sus palabras exactas. Quizá empleó un método técnico y capté la esencia pero no las frases. Lo expondré aquí con mis palabras, pese al hecho de que muchos de ustedes ya lo saben de todas formas. Después de todo, sometidos a supervisión, todavía tenemos niños a veces. Cuando crezcan necesitarán saberlo. Saber por qué no tienen una oportunidad, y por qué no la tuvimos nosotros. Y, para emparejarme con ustedes, saber por qué yo no soy una Judas, y que no traicioné a nadie, porque tampoco tuve una sola posibilidad.

Indolencia, optimismo y ciega estupidez.

Supongo que optimismo más que otra cosa.

Cuatro mil noventa y una personas yaciendo en estasis por congelación, conscientes de que no tenían alma y no podían sobrevivir de otro modo, soñando en un futuro de curas y en volver a despertar en ese futuro. Y el mundo soñando en benevolentes visitantes de otros mundos, imágenes padre-madre que nos ayudaran y guiaran. Enviándoles máquinas zumbadoras con el constante blip-blip-blip: *Aquí* estamos. *Aquí*. *Aquí*.

Supongo que tenemos alma. O que tenemos algo no relacionado con el cerebro, los centros nerviosos o la médula espinal Quizá ese algo muere también, cuando morimos nosotros. O quizá se escapa. Sea lo que sea, esa es la única cosa que no se puede conservar en suspensión criogénica. El cuerpo, la totalidad de sus válvulas, conductos y órganos, yace incólume en un limbo y cuando es despertado de nuevo con los medicamentos, impulsos o estímulos adecuados, cuando vuelve *a* vivir, puede ser curado de sus enfermedades, convirtiéndose en un impecable receptáculo de... nada. Es como una habitación vacía, un solar desocupado. El inquilino o propietario ha desaparecido.

En algún lugar de la estrellada noche del espacio, fue interceptada una de las máquinas zumbadoras. No por imágenes padre-madre, sino por una raza alienígena, rapaz y belicosa. Fue sencillo localizarnos (¿acaso no habíamos facilitado instrucciones comprensibles?). Pero al llegar percibieron un mundo totalmente inadecuado a sus formas feroces, gaseosas e incorpóreas. Fue todo un golpe, sí. Pero no perdieron la esperanza. Usando su técnica superior idearon un proceso que calcularon les permitiría transferirse a cuerpos humanos, y a partir de ese momento consumir las reservas de los terrestres. Pero ese proceso no daría resultado. ¿Por qué no? La conciencia (¿alma?) humana sigue presente, o al menos vinculada. En cuanto a cadáveres, nada. Un hombre que ha expirado de viejo o debajo de un móvil no sirve. El cuerpo ha de estar íntegro, o carece de utilidad. Arriba, en sus platillos, que eran avistados periódicamente, los extraterrestres escupían y maldecían. Contemplaban la Tierra y se les caía la baba, sopesando el dominio de un globo y con toda una raza de esclavos a su disposición. Pero no hubo forma de lograr sus fines hasta que... tuvieron noticia de los enfermos en suspensión criogénica dentro de sus cajas heladas, de todas aquellas masas de hielo inanimadas, aguardando el día en que la ciencia los liberara, curara y reviviera, sanos y *vacíos*.

Si no tienes inquilino, pon un anuncio pidiéndolo. Nosotros lo pusimos. Para que vinieran ellos.

Carla fue la primera. Mientras sus ojos se abrían bajo el cristal, algo miró por ellos. No Carla Brice. Nunca más. *Algo*.

Algo curioso, cruel, poderoso, indomable, extraño y fatal

A solas, ella podía manejar cientos de humanos, porque su influencia aumentaba virtualmente segundo a segundo. Pronto iban a ser cuatro mil noventa de su raza los que abrirían los ojos, sonrientes y dando las gracias a través de espaciovisión al mundo al que habían llegado para conquistar. Al mundo que conquistaron.

Les facilitamos casas maravillosas, saludables y variables para que vivieran en ellas, les ofrecimos millones y millones de seres como sirvientes y juguetes, y les proveímos de cuerpos extras para ser congelados y adecuarse al alojamiento de cualquier compañero sobrante. Y nuestros prados libres de polución para que se regocijaran en ellos.

En cuanto a Carla, mantuvo el silencio y el tacto mientras necesitó hacerlo. El tiempo suficiente para que acabaran las pruebas y para que ella comunicara telepáticamente a su gente todos los datos que precisarían en la Tierra, antes de llegar.

Y ahora Carla se sentó y me examinó, la meteórica y feroz Carla-que-no-era-Carla, con los ojos, a oscuras, destellando amarillo topacio a través de los iris cobrizos, revelando su básica naturaleza inflamable bajo el velo de la carne viviente de una mujer muerta.

Pueden obligarme a hacer todo lo que deseen, y pueden hacer que escriba esto. No me han hecho nada extremadamente malo y quizá no lo hagan nunca. Así que he sido feliz.

Para ellos, soy interesante en el aspecto histórico, igual que Carla lo había sido para nosotros, por ser la primera. La primera Esclava. Tal vez pueda seguir con vida a base de eso y quizá no me maten a capricho.

Lo que en cierto modo, supongo, significa que al fin y al cabo he tenido un cierto éxito.